

Lema: “Sueño de Navidad”

*«Los sueños, son destellos de ansiedad...
deseos que jamás se cumplirán...»
¿O acaso esta vez florecerán
por ser precisamente «Navidad»?*

I

Quisiera ser, quisiera por un día,
la sombra de una humilde figurilla
y en medio de la «Chaira», aquí en la villa,
volverme barro, brisa y armonía.

Quisiera ser, quisiera fantasía,
y hacerme cuerpo y alma de esa arcilla
bruñida a manos de una fe sencilla...
Quisiera ser: ¡Un soplo de alegría!

Correr por la ladera del Castillo
al tiempo de mirar bajar el río
pintando con su espuma un nuevo brillo.

Juntarme, cuando hiriente se hace el frío,
al plácido calor de algún atillo
que mengüe el crudo filo del rocío.

II

Quisiera, al ver pasar la blanca estrella
que indica con su luz el buen camino,
hacerme rayo, flor y peregrino,
hacerme cauce y surco de su huella.

Quisiera ver la joven «Virgen» bella
meciendo al «Verbo» -amo del destino-
con ese amor, que solo un ser divino,
asume sin que apenas le haga mella.

Daría yo la vida en un instante,
por verme junto al «Niño» en el pesebre,
y hacerme aquella esquirra rutilante
de un rayo refulgente que se enhebre,
al blanco de una dulce y transparente
sonrisa leve, que jamás se quiebre.

III

Y al linde de la aurora más temprana,
envuelto por la luz de la alborada,
oiría el trino azul de la cascada,
cantando al nuevo sol de la mañana.

Seguro que el badajo y la campana
a coro desde el monte a la hondonada
darían cuenta, en mágica algarada,
que aquí en Begonte, un nuevo agua mana.

Oiría como llegan los pastores
al ritmo de un rebaño de elegidos,
tocando sus zambombas y tambores.

Saldrían de los bosques más perdidos
los rudos y sufridos leñadores;
vendrían raudos, fríos y ateridos.

IV

Vería sobre el yunque al viejo herrero,
que día y noche forja sin descanso,
volviendo al duro y recio hierro, manso,
y a fuertes golpes, débil al acero.

Podría ver aquel combate fiero,
surgido en una esquina de remanso,
del agua contra un fuego que por canso
convierte en humo, su fervor guerrero.

¡Tic, tac... tic, tac!... eterno, tiempo eterno,
martillo y yunque, ritmo de la vida,
«chaireño» pueblo, inmerso en el invierno.

¡Tic, tac... tic, tac!... estrofa repetida,
versículo infinito del averno...
¡Vencido por el «Niño» en su venida!

V

Acaso incluso presa del encanto,
al ver pasar con rumbo a la ribera
a tanta hermosa y joven lavandera,
hiciera de su estampa un bello canto.

Un canto compartido con el llanto
de aquella triste anciana que a la vera
del gran camino, ya tan solo espera,
poder llegar a ver «O Neno» santo.

Quisiera verla libre de ese miedo,
un miedo que la vuelve gris, discreta,
perdida en busca del Señor: ¡Su Credo!

Quisiera ser su apoyo y su muleta,
un último soporte, mas no puedo...
¡Quisiera hacerla un hueco en mi carreta!

VI

Las rosas, bajo un cielo engalanado
por luces, que de fiesta se han vestido,
inundan con esencias al «nacido»,
con mil fragancias al «Recien llegado».

Sus pétalos abiertos en el prado,
con gesto noble, fiel y desprendido,
se postran ante «quien» les ha infundido
el más perfecto «don» jamás soñado.

Los árboles erguidos se acicalan
y el viento con deleite les atusa,
al tiempo que en sus ramas ya recalán

las aves que, poniendo por excusa
la luz de aquella estrella, les escalan
con trino alegre y la razón confusa.

VII

La nieve poco a poco cristaliza
y el suelo de la «Chaira» es un espejo,
un vidrio cuyo único reflejo
es rayo del Belén que lo entroniza.

Los copos se convierten en ceniza,
en blanca escarcha de un milagro viejo
movido por los hilos de un complejo
fogoso amor del pueblo que lo atiza.

La Historia contarán con humildad
la fuerza que imprimiera un «pobre cura»,
un hombre cuya entrega de verdad

plantara en el vergel de la dulzura
el gran «Misterio de la Navidad»:
¡Begonte se lo cuida con ternura!

VIII

Quisiera ser incluso algún hierbajo
del límpido jardín de «don José»
y verlo como junto con «Teté»,
lo mima con esmero y gran trabajo.

“¡Cuidado con el manto y el refajo!
¡Separa más la cuna... no se ve!
En cuanto al nuevo Ángel: ¡Lo pondré!
Vigila a «Joselín» a ver que traje!”

Y allí, al fondo justo del Belén,
por donde muerto el sol desaparece,
está el querido «padre»... de retén.

Controla y cambia lo que le apetece
y máxime que ahora él también,
es parte viva de lo que acontece.

IX

Quisiera hoy, quisiera en esta tarde,
dejar de ser tan solo un pobre ruego
y hacerme mago, rayo, viento y fuego,
la llama viva que por siempre arde.

Quisiera hoy dejar de ser cobarde
romper con las cadenas de hombre ciego
que amarran a esta cárcel donde el ego
te incita incluso al propio necio alarde.

Quisiera ser la brizna de esa brisa
que arrulla junto al «Niño» su consuelo
a manos de una «Madre» que sin prisa

le canta dulcemente bajo el cielo
las nanas de una vieja poetisa,
nacida sobre el lecho de este suelo

X

El alma se me ensancha en un momento
y siento que una calma deliciosa
me invade con la esencia siempre hermosa
que Dios infunde con su «Santo Aliento».

¡Decrezco y tiemblo, pero nada siento,
la luz ahora, se me vuelve rosa,
el suelo, arena... la razón borrosa...!
¡Oh, Dios!... ¡Estoy en pleno «Nacimiento»!

¡Señor, perdona tú la intromisión!
Disculpa porque soy un polizante
a quien tan solo el verso y la ilusión,

hicieron traspasar el horizonte
de un sueño que, amarrado al corazón,
me trajo un año más: ¡Aquí a Begonte!

Esta obra se escribió
inmerso en el sueño y la emoción
de poder llegar a ser un día:
«La humilde sombra de una figurilla...
envuelta en barro y por la arcilla”,
pero una de esas figurillas
«do fermoso Belén de Begonte
que aínda máis de labrego,
Chaireño e mesmo Galego
por sempre será
mentras poida se-lo, e é:
O «Máxico Belén» de «don Xosé»